después de entregarse á su obra en cuerpo y alma, al fin lo consiguió : fundó un asilo igual al de Bruselas, y otros más para las domésticas pobres y para niños contrahechos.

Lady Isabel Hope se interesó desde niña en los pobres arrendatarios de las propiedades de su padre, y cuando pudo disponer de su voluntad, fundó establecimientos de instructiva diversión para los pobres. Ha escrito muchas obras morales, y su vida es una cadena de buenas obras y hechos...

Quisiéramos mencionar á otras muchas mujeres benéficas, pero nos falta espacio : con las arriba nombradas habrá para que se comprenda que, en todas las clases de la sociedad, las mujeres pueden cumplir con el santo mandamiento de la caridad cristiana.

VII

Elisa Ana Bayley Seton.

Ya que nos ocupamos de las bienhechoras de la sociedad, debemos referir la vida de la mujer que más influencia tuvo en Norte-América en el progreso de la educación de la juventud femenina, y en la extraordinaria y providencial propagación del catolicismo en los Estados Unidos.

Elisa Ana Bayley Seton. «La vida de esta señora, dice el traductor francés de su biografía, presenta admirables ejemplos de virtud, tanto á las jóvenes solteras como á las madres de familia y hasta á las religiosas, es decir, á todas las personas de su sexo

en cualquiera posición que se encuentren. » Así, no podemos pasar por alto á esta respetable matrona sin procurar bosquejar su vida ejemplar, aunque sea á grandes rasgos.

Elisa Ana era hija de un médico de Nueva York, del doctor Ricardo Bayley, el que ocupaba una posición muy honorable en la sociedad de aquella ciudad. Allí había nacido nuestra heroína en 1774. Cuando apenas contaba la niña cuatro años, perdió á su madre, pero en cambio concentró su cariño en su padre, quien también la prefirió á todos sus demás hijos; la hizo dar una educación muy brillante y mucho más sólida de lo que generalmente se daba á las americanas de aquel tiempo.

Amante particularmente de todo lo religioso, desde su primera infancia la niña prefería los Evangelios á toda otra lectura profana; con frecuencia copiaba los trozos que más la gustaban, y sabía de memoria los salmos de David. Además, se propuso hacer esfuerzos para perfeccionarse, y sin cesar trabajaba para dominar sus primeros ímpetus, pues era demasiado viva y tenía un carácter naturalmente impaciente y hasta violento, carácter que supo dominar á un punto tal, que al hacerse mujer nunca se le notaron aquellos defectos.

Á los veinte años, Ana Elisa se casó con un comerciante de Nueva York, Guillermo Seton, de origen escocés, de familia distinguida y respetado por toda la sociedad americana. En breve la joven se hizo de moda y su casa era frecuentada por las personas más distinguidas de Nueva York. Era muy agraciada y elegante, agradable, comedida y de conversación amena; además, siendo rica y amante de la sociedad,

se veía sin cesar rodeada de amigos que veían en ella algo más que una mujer á la moda: una mujer digna y una matrona respetable bajo la capa de una mujer de mundo, pues todo se puede conciliar. No es preciso ser fútil y evaporada para amar moderadamente las fiestas y la sociedad, y en todas partes se puede ser virtuosa y ejercer una influencia benéfica. Una mujer verdaderamente respetable no será irrespetada jamás, aun en la sociedad al parecer más mundana. La vida de la señora Seton fué feliz y tranquila, viendo levantar en torno suyo una lucida familia, hasta 1800. En aquel año tuvo lugar en Norte-América una crisis monetaria que arruinó á una multitud de comerciantes nuevo-yorkinos, y entre éstos cayó el esposo de nuestra heroína. Afligido en extremo, temeroso de quedar desacreditado, lleno de afanes y angustias, sin duda el señor Seton se hubiera dejado llevar por el desaliento, si no hubiese encontrado á su lado á un ángel de bondad, lleno de inteligencia, de interés y de abnegación, que se propuso servirle de secretario y ayudarle á cargar el peso que le agobiaba: este ángel era su esposa. No solamente trabajaba á su lado á toda hora, poniendo en limpio sus cuentas, escribiendo las cartas que él la dictaba, sino que se manifestaba resignada á la pobreza y á sus consiguientes humillaciones, y siempre alegre y de buen humor, todo lo sufría sin quejarse y allanaba toda dificultad con semblante sereno y contento. Más aún: estudiaba los negocios de su marido para poderle dar consejos acertados, con lo cual, aunque el señor Seton quedó pobre, por lo menos su reputación no se nubló con ninguna mancha.

Por aquel tiempo apareció en Nueva York, con una

violencia espantosa, la fiebre amarilla, enfermedad de la cual murieron millares de personas. La señora Seton se manifestó entonces, en su carácter de enfermera, con una abnegación y un valor extraordinarios. Visitaba con su padre, que era médico, como hemos dicho antes, las casas de los desgraciados, llevándoles socorros, alimentos y remedios; y cuando la enfermedad llegó á un grado tal que su familia no le permitía visitar las casas de los contagiados, permanecía en su casa, pero no ociosa, sino ocupada en mandar cuanto podía á los barrios más pobres, y orando sin cesar para que Dios apartase aquel azote de la ciudad. Al fin, su padre murió, víctima de su filantropía y caridad, contagiado de los enfermos que visitaba noche y día, tratando de aliviarlos y salvarles la vida.

La señora Seton sufrió mucho con la muerte de su padre, á quien amaba tiernamente, y abandonando por entero la sociedad del gran mundo, se dedicó á cuidar de sus hijos y de su marido, que había enfermado del pecho, no permitiéndose otro entretenimiento que no fuera un estudio asiduo de su religión. Practicaba los ritos de la iglesia luterana, á la cual pertenecía, con grande escrupulosidad y rigidez, pero á pesar de ello siempre sentia tal vacío en el alma y en el corazón, que no quedaba satisfecha con las frías y mesuradas prácticas del protestantismo: buscaba algo allí que no hallaba, y entonces con ahinco se dedicaba á estudiar las Escrituras, sin que en ellas hallara todo lo que deseaba. Una de las cosas que más falta la hacía, era el poder visitar su iglesia diariamente, como sucede en la católica, y así pasaba los domingos con una amiga suya de sus mismas opi-

niones, recorriendo todas las iglesias á diferentes horas para hacer *acopio de devoción*, decía, que le durara toda la semana siguiente, en que estaban cerrados los templos protestantes.

En 1803, habiendo empeorado su marido, le recetaron un viaje á Italia; su esposa le acompañó, llevando consigo sólo á su hija mayor, niña en la infancia aún, y dejando á los demás niños en Nueva York con sus parientes: aquel viaje fué funesto en extremo.

Después de pasar muchos trabajos tanto en la mar cuanto á la llegada á Italia, resultó que tantos sacrificios fueron inútiles, puesto que el señor Seton murió pocos días después de su llegada á Europa. Sin embargo, aquellos sufrimientos fueron un crisol que demostró los quilates de virtud que nuestra heroína tenía en su carácter. Valiente, abnegada y llena de energía y fe en las bondades de Dios, no solamente ayudó hasta en los últimos momentos á su marido á bien morir, sino que tuvo fuerzas para arreglar el entierro y acompañarle hasta su última morada, sin desmayar ni dejarse abatir con aquel dolor inmenso en todas partes, y con más razón en tierra extraña, y lejos de sus parientes y amigos.

En Italia, la señora Seton, que no pudo regresar inmediatamente á América, tuvo la fortuna de encontrar una excelente familia italiana, que no sólo brindó auxilios y hospitalidad á su cuerpo, sino también á su alma. Viéndola deseosa de buscar consuelos en una religión que no fuese la protestante, en donde no los hallaba, la propusieron que estudiase á fondo la católica; la llevaron á visitar los monumentos, los monasterios y las iglesias que ha dejado la religión apostólica romana en Italia; le proporcionaron libros

de controversia, y por último, apelaron á un sabio jesuíta que tuvo con ella interesantes conferencias. En resumen, merced á aquellos estudios, antes de salir de Italia ya se había convencido de que la *verdad* se halla en la religión católica y no en otra alguna, pero no tuvo aún valor de abjurar el protestantismo, y partió para Nueva York, llena el alma de vacilaciones y de torturas.

Cuando sus parientes tuvieron noticias de las impresiones favorables al catolicismo que la señora Seton había recibido en Italia, suscitaron en torno suyo una terrible tempestad. En aquella época en la América del Norte (y aun ahora pocos años sucedía otro tanto), la fe católica era para sus habitantes algo como una mancha, una ignominia. Aquella religión, decían, era buena tan sólo para los pordioseros é ignorantes irlandeses, — los seres más abyectos de la creación; — por consiguiente, puede comprenderse cuál sería el escándalo al saber que una señora de la alta sociedad, perteneciente á una de las mejores familias neu-yorkinas, y aliada á otra no menos respetable, pretendía abjurar el protestantismo y hacerse católica. Así pues, influyeron para que obraran sobre su espíritu los ministros protestantes de todas las sectas. Protestantes de la iglesia ortodoja y de la escocesa, anabaptistas, metodistas, cuáqueros, todos los más entusiastas sectarios, la inundaron la casa de folletos, de artículos, de cartas y consejos, y como ella se manifestara firme en su propósito, frecuentando la iglesia católica y preparándose á abjurar, la asaltaron con amenazas, insultos y execraciones, haciéndola presente que no tenía derecho de educar á sus hijos en una religión que no era la de su familia

y que se haría responsable ante el tribunal de Dios por aquello. Asaltáronla entonces atroces dudas que la causaron muchos sufrimientos morales: sus vacilaciones, la agitación de su espíritu y encontrados sentimientos, son propios de una alma grande y noble que sólo busca la verdad, y prueban más que todo la sinceridad de aquella conversión.

Sin embargo, al fin logró allanar todas las dificultades que se le presentaban, y encontró la tranquilidad de su ánimo en una libre y pública abjuración que hizo el 14 de marzo de 1805, un Miércoles Santo, en la iglesia de San Mateo.

Además de que desde la ruina de su marido sus recursos pecuniarios eran escasísimos, desde aquel momento se vió abandonada por los parientes que tenían el deber de ayudarla, y por algunos meses ella y sus hijos se encontraron sumidos en la miseria. Pero la señora Seton no se dejó abatir, sino que buscó recursos en el trabajo, abriendo una *pensión* para los niños que enviaban sus padres como externos á los colegios de cierto barrio de Nueva York. Aquellas faenas, sin embargo, tan extrañas á su educación y costumbres, no la daban mayores comodidades, tanto más cuanto que tenía á su cargo á una cuñada suya que también había logrado convertir al catolicismo y que igualmente había sido arrojada del seno de su familia. Así pasó muchos meses, hasta que la Providencia, que la destinaba á muy altos fines, la dispensó su protección. Habiendo tenido noticia la sociedad católica de Baltimore de la situación angustiosa de la señora Seton, que todo lo sufría por amor á su religión, la invitó á aquella ciudad, en donde le proponía que fundara una escuela católica.

Ella accedió con gusto, y dejando á Nueva York pasó á Baltimore, en donde en el acto puso manos á la obra con laudable entusiasmo. Recibió en su casa á muchas niñas de religión católica, cuyos padres deseaban, además de que se les diera una buena educación instructiva, que se ocupara particularmente en formarles el corazón para la virtud y la fe.

El establecimiento iba viento en popa, cuando occurriósele al mismo tiempo, de una manera providencial, á la señora Seton y á un caballero, recién convertido al catolicismo también, que se tratase de establecer no sólo un colegio católico, sino también una comunidad religiosa que se dedicase á la educación de las niñas. Además, el caballero ofrecía dar los primeros fondos necesarios para la empresa, así como la señora Seton ofrecia dedicarse á ella en cuerpo y alma.

Resolvióse que aquella hermandad, que tomaría el nombre de « Hermanas de San José », se establecería en un lugar lejano de las ciudades y cerca de un seminario católico sito en Emmittsburg, en un campo agreste y sano. Allí se retiró la señora Seton con algunas señoritas que abundaban en sus mismos propósitos y buena voluntad, y se dedicaron á estudiar los reglamentos de las órdenes religiosas instituídas por san Vicente de Paul. Al cabo de algún tiempo se les agotaron los recursos suministrados por el recién converso, y sufrieron entonces tanto, que frecuentemente hubieron de ayunar á pan y agua por falta total de alimentos más nutritivos. Resolvieron entonces recibir algunas niñas que pagasen cierta pensión, y en breve, merced á este recurso y á otros que se les fueron proporcionando, la comunidad fué

tomando incremento, y en 1810 se edificó en aquel retirado sitio un espacioso y cómodo local que encerraba departamentos para las hermanas, para las educandas, para los niños de los alrededores, á los cuales enseñaban gratis, y para una enfermería gratuita en donde los desgraciados encontraban alivio para el cuerpo, y para el alma auxilios espirituales.

El principal objeto de aquella institución era honrar á Nuestro Señor Jesucristo, rindiéndole culto en la persona de los niños, de los ignorantes, de los pobres y de los enfermos, dedicándose particularmente á auxiliar á los niños huérfanos y desvalidos. Aunque la señora Seton había deseado seguir en un todo los reglamentos de San Vicente de Paul, se había apartado de ellos en lo que concernía á la educación de la niñez acomodada, y que podía pagar una cuota en cambio del favor que recibía. Pero en esto se pensó que era lícito hacer aquel cambio, porque las circunstancias eran muy diferentes en América de lo que sucedía en Francia en el siglo XVII. En los Estados Unidos convenía empezar por educar bien á las clases altas de la sociedad, infundirles religiosidad, fe y virtud, porque allí, más que en Europa, las clases altas y la plebe se confunden frecuentemente, y las primeras deben dar ejemplos de virtud á las bajas; era, pues, hacer un notable bien á la plebe formando á las niñas acomodadas en una escuela religiosa, perfectamente moral y en un todo cristiana.

En medio de la satisfacción que la causaba encontrar tan buen éxito en su caritativo propósito, la madre Seton tuvo grandes y terribles pesadumbres que despedazaban su corazón. En primer lugar vió morir á su lado á dos de sus cuñadas, quienes, habiéndose convertido al catolicismo, vivían con ella, y en seguida su dolor fué mucho mayor con la pérdida de dos de sus tres hijas, niñas de catorce y diez y siete años, llenas de tempranas virtudes y grandes cualidades físicas y morales.

Á medida que se pasaban los años, aquel establecimiento de caridad fué creciendo en fama y en santidad. De todos los Estados de la Unión americana llegaban incesantemente postulantes á la comunidad religiosa y discípulas para el colegio, y fuéle preciso fundar en otras partes casas de caridad para que alcanzasen para todas las necesidades del público.

En tanto la madre Seton (que jamás, según dice su biógrafo, se la vió ociosa, mientras tuvo salud) se ocupaba sin cesar en el gobierno de la comunidad. Cuando no estaba en el coro ó no recorría los diferentes departamentos del establecimiento, pasaba el tiempo haciendo extractos, anotando y preparando los textos de enseñanza para el colegio, la escuela y las lecturas que las hermanas deberían hacer en comunidad; además, su correspondencia era voluminosa, y la tenía con todo el alto clero católico de Norte-América y con algunos miembros del europeo, con muchos seglares importantes, é infinidad de personas que la pedían consejo y la exponían sus cuitas. En su conversación, aquella señora tenía, según dicen, un encanto particular, y poseía en alto grado el don de la persuasión, por lo cual llevó á cabo muchas conversiones sorprendentes. Su bondad era inagotable, y la influencia que ejercía sobre los que la rodeaban era tal que la niñas del colegio la querían y respetaban como á una madre, los pobres la idolatraban y los sirvientes del colegio se acorda-

ban de ella con gratitud hasta el fin de sus días. La madre Seton no estaba, sin embargo, satisfecha consigo mismo, y sin cesar trabajaba en la santificación de su alma. « Todo lo pesaba en la balanza de la fe, dice el reverendo doctor White (uno de sus biógrafos): cruz y aflicciones, prosperidad y adversidad, salud y enfermedad, la vida, la muerte, las previsiones humanas, ella todo lo juzgaba bajo el punto de vista religioso. »

Á pesar de aquella vida tan laboriosamente ocupada en hacer el bien á sus semejantes, la madre Seton no había abandonado en lo mínimo el cuidado de los tres hijos que le habian quedado. Los dos varones, después de haber recibido una buena y sólida educación, bajo su inmediata inspección, fueron dedicados al comercio, la carrera que había seguido su padre, en la que el uno conquistó una buena posición en la sociedad, aunque el otro murió joven y desgraciadamente en alta mar. La última de sus hijas permaneció siempre á su lado.

Á medida que la madre Seton entraba en años, su salud se debilitaba hasta el punto de tener que renunciar por fin á sus ocupaciones y quedarse en la cama. Aunque la inacción era para ella el peor de los sufrimientos, su resignación era completa, y cada día se manifestaba más y más agradecida al Señor que la había permitido hacer parte de la verdadera religión y además servirle en ella antes de morir.

Al fin, el 14 de enero de 1821, aquella virtuosísima mujer dejó de existir sobre la tierra.

En su calidad de mujer de letras, las obras de la madre Seton, aunque no se han publicado sino pocas, son muy voluminosas. El diario de muchas épocas de su vida y las cartas que escribía á multitud de personas, podrían servir de estudio psicológico para comprender lo que puede la virtud en una alma femenina. Los extractos, traducciones y refundiciones de obras extranjeras, propias para la educación, sirven aún en los establecimientos que dejó planteados, lo que prueba el gran mérito que tienen. Su estilo está esmaltado de bien traídas citas de los Evangelios y de los Padres de la Iglesia; además también dejó algunos himnos en verso, para los cuales había compuesto la música, en cuyo arte era versada.

Inmediatamente después de la muerte de la madre Seton, y según los deseos que había manifestado, se fundaron, bajo la vigilancia de las hermanas de San José, escuelas católicas gratuitas en Baltimore, Wáshington, Láncaster, etc., y además las hermanas se hicieron cargo de la enfermería anexa á la Universidad de Maryland.

Desde aquel tiempo, la institución de San José ha tomado un incremento maravilloso en un pueblo protestante. Los hospitales, asilos, hospicios y escuelas se multiplican como por encanto en todas las ciudades de los Estados Unidos. Además, las iglesias, capillas y adoratorios son infinitos. Las hermanas tienen á su cargo la casa de locos de Mount-Hope, uno de los establecimientos más importantes que se conocen en aquel ramo.

Entre muchas obras de mérito artístico que tienen las iglesias que pertenecen á la comunidad, hay una que han levantado á su fundadora, de mármol blanco, de estilo gótico, que dicen los conocedores que es digna de todo elogio.

En 1850 la congregación de San José se incorporó

á la de las hermanas de la caridad de Francia, y desde entonces sus reglamentos y hábitos son iguales á los europeos; y en América, como en Europa, el ser más digno de respeto es una hermana de la caridad, siendo aquel sencillo vestido el símbolo de todo lo bueno, lo santo y lo evangélico.

Tal ha sido el resultado en Norte-América de *la obra* de una sola mujer, y á la madre Seton, más que á ninguna otra, se le podría aplicar aquel versículo de la mujer fuerte:

Levantáronse sus hijos y la predicaron por beatísima.

VIII

Hermana Rosalia.

Hasta aquí hemos hablado de las mujeres que merced á su alto nacimiento y brillante educación han podido comprender fácilmente cuáles son los deberes de los superiores para con sus inferiores, y han dedicado su fortuna ó su tiempo á hacer el bien á sus semejantes. La educación aclara y abre el entendimiento; las tradiciones de las familias nobles obligan á los retoños á ciertos deberes para con sus dependientes, y muchas veces una esmerada educación encamina á la mujer por la senda de la virtud. Pero es más estimable, es más digno de elogio, es mucho más bello ver á una mujer del pueblo dedicarse á aliviar á otros aun más desgraciados que ella, haciendo sacrificios sin ninguna compensación sobre

la tierra. En este capítulo nos ocuparemos de mujeres plebeyas que han sido verdaderas santas, cuyo puesto en el reino de los cielos se hallará indudablemente muy cercano á la Verdad Eterna.

El biógrafo de la hermana Rosalía (vizconde de Melún) dice en su prólogo las siguientes palabras, que son dignas de copiarse al pie de la letra:

« El periodismo cuida tanto de publicar los crímenes, descubrir los escándalos; tiene tanta habilidad para dar luz sobre las iniquidades que tratan de ocultarse; en buscar los motivos olvidados que pueden tener los hombres para ser acreedores al desprecio de sus contemporáneos y de la posteridad, que es preciso oponer á aquellos malos ejemplos otros que revelen las secretas virtudes, en cambio de los vicios misteriosos, y la edificación á los escándalos. »

Y entre nosotros, ¡cuánta verdad no hay en esto con respecto del extranjero y de nuestra patria! Que se cometa un crimen inaudito, que se perpetre un asesinato, una infamia cualquiera, en los Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Rusia ó en Italia... al momento todos nuestros periódicos reproducen aquella noticia á porfía; los pormenores más escandalosos, las confesiones más indecorosas, las causas más corruptoras, cuyo ejemplo puede ser funesto para la juventud, todo aquello llena las columnas de los periódicos y pasa delante de la vista de nuestros hijos. ¿Qué objeto tienen las relaciones de los vicios más inauditos que refieren los diarios extranjeros sin embozo y que los nuestros repiten servilmente? Su objeto es despertar, sin duda, malsana curiosidad, interesar con la relación de vicios, muchas veces desconocidos entre no-